



Comentario bibliográfico

Jonathan Adams y Cordelia Heß, eds. *The Medieval Roots of Anti-Semitism. Continuities and Discontinuities from the Middle Ages to the Present Day* (Nueva York y Londres: Routledge, 2018).

Nicolás Kwiatkowski

Universidad Nacional de San Martín / CONICET

nkiako@unsam.edu.ar

Fecha de recepción: 29/12/2018

Fecha de aprobación: 15/01/2019

Existen varias razones para no escribir una reseña de este libro. Algunas de ellas son de orden práctico: no es nada sencillo hacer justicia a un volumen con diez partes (“El odio más antiguo *versus* tradición inventada”, “Antisemitismo sin judíos”, “Cristiandad y antisemitismo”, “Islam y antisemitismo”, “Cuerpos, género y antisemitismo”, “Libelos de sangre y acusaciones de asesinato ritual”, “Vecinos”, “Economía y finanza”, “Tierra y hogar”, “Raíces medievales y anti-judaísmo”), veintiocho capítulos y otros tantos autores. A eso se suma que *The Medieval Roots...* reúne ensayos presentados durante un coloquio en Estocolmo y los límites que los eventos académicos imponen a las exposiciones que se desarrollan en ellos pueden tener efectos negativos en las compilaciones que reúnen esos textos *a posteriori*. Otro motivo para no escribir estas líneas pertenece al campo del conocimiento: es posible que

existan, hoy, *scholars* capaces de dar cuenta cabalmente de los problemas abordados en esos artículos (referidos a períodos, geografías, temas y campos tan diversos, que van desde el Mediterráneo antiguo hasta el Japón moderno y abarcan desde las representaciones visuales hasta la economía y las finanzas), pero esas habilidades no son las mías.

Sin embargo, pese a todo ello, hay también fundamentos que hacen interesante la tarea. El más importante de ellos es obvio: el odio a los judíos sigue hoy muy vigente. Baste recordar, por ejemplo, el ataque a la sinagoga de Pittsburgh, el 27 de octubre de 2018, cuando once personas que asistían a un servicio religioso fueron asesinadas, otras siete resultaron heridas y el perpetrador, Robert Gregory Bowers, expresó que había actuado porque la *Hebrew Immigrant Aid Society* “trae invasores que matan a nuestro pueblo”¹. También, y ese es un argumento al que Carlo Ginzburg alude al final de su contribución, porque la amenaza real del antisemitismo se utiliza con frecuencia para justificar políticas estatales, incluso aquellas vecinas a la segregación². En ese sentido, comprender las continuidades y discontinuidades del odio a los judíos en el mundo pre-moderno y en el moderno, aproximarse a las formas que adquirió esa violencia en la Europa anterior a la Reforma y en el mundo occidental contemporáneo, comparar las justificaciones raciales y las religiosas de la judeofobia, analizar diversos contextos de desenvolvimiento de esos temas y entender mejor los modos diversos de la formación de estereotipos no es solamente un ejercicio científico, sino también una empresa de cierta urgencia.

De todas maneras, y aunque lo que sigue pueda resultar banal en comparación con el motivo anterior, también merecen destacarse al menos dos razones académicas que autorizan esta reseña. La primera de ellas es que, en el libro compilado por Adams y Heß, participan varios expertos que se encuentran entre los más destacados y eruditos en su campo, estudiosos que trabajan, en su mayoría, en instituciones europeas (suecas, inglesas, polacas, checas, italianas), estadounidenses

1 Eric Levenson y Ray Sanchez, “Mass shooting at Pittsburgh synagogue”, CNN, 27 de octubre de 2018, accedido el 02/01/2019, <https://edition.cnn.com/us/live-news/pittsburgh-synagogue-shooting/index.html>

2 Ginzburg dice: “Palestina es un problema. El pasado y el presente se entrelazan. El antiguo mito antisemita del asesinato ritual debe ser rechazado, pero ese rechazo no puede justificar un presente homicida” (p. 434). Acerca de la segregación y sus justificaciones, véase, por ejemplo, Oliver Homes, “Israel in turmoil over bill allowing Jews and Arabs to be segregated”, *The Guardian*, 15 de julio de 2018, accedido el 02/01/2019, <https://www.theguardian.com/world/2018/jul/15/israel-turmoil-bill-allowing-jews-arabs-segregated>

ses e israelíes, de manera que *The Medieval Roots...* es un libro del que pueden aprenderse muchas cosas. También porque no es frecuente hallar en publicaciones de este tipo debates francos y bien fundamentados sobre problemas relevantes. Los modos de la discusión universitaria, en general, no favorecen los enfrentamientos abiertos y, muchas veces, cuando estos ocurren, están marcados por el intento de ocupar posiciones en el campo, más que por la ambición de intercambiar ideas y dilucidar los temas en cuestión. Tal vez por eso, los textos de Carlo Ginzburg y David Nirenberg, que cierran el volumen, despiertan cierta perplejidad en los propios compiladores. Pero no es conveniente empezar el banquete por los postres. Permítaseme primero resumir (brevemente y con necesarias omisiones) los contenidos del libro.

Los compiladores dejan bien claro, al inicio de su introducción, la pregunta que guía las exploraciones reunidas: ¿hasta qué punto los estallidos modernos de antisemitismo están informados por fragmentos antiguos de conocimiento e imaginación sobre los judíos como “otros”? Tanto en la historiografía del último siglo cuanto en los ensayos contenidos en esta obra, las respuestas pueden agruparse en tres variantes interconectadas. De una parte, se ha planteado que el odio a los judíos es un fenómeno de larguísima duración, cuya historia es una de continuidades. La clásica historia del antisemitismo de Leon Poliakov y la obra de Robert Wistrich, publicada a inicios de los años 1990, se orientan en esa dirección³, al igual que el capítulo de Steven Englund que inicia la primera parte de *The Medieval Roots...*⁴. En segundo lugar, otros especialistas han destacado las diferencias fundamentales entre, por ejemplo, el anti-judaísmo medieval y el antisemitismo moderno, en tanto los aspectos religiosos del odio a los judíos desaparecieron (o menguaron radicalmente) con la emancipación y fueron reemplazados por otros, racistas. Salo Baron fue uno de los primeros en sugerir esta orientación en la década de 1920⁵; el apartado escrito por Ulrich Wyrwa en esta obra se ubica en esa corriente⁶. Por último,

3 Leon Poliakov, *Histoire de l'antisémitisme*, 4 vols. (París: Calmann-Lévy, 1955-1977); Robert Wistrich, *Antisemitism. The longest hatred* (Nueva York: Pantheon, 1991).

4 “The Medieval and Ancients Roots of Antisemitism”.

5 Salo Baron, “Ghetto and Emancipation”, *Menorah* 14, num. 6 (1928): 515-526. También, para una propuesta más reciente de una relación cambiante y maleable en la larga duración, puede consultarse con provecho Israel Jacob Yuval, *Two Nations in Your Womb: Perceptions of Jews and Christians in Late Antiquity and the Middle Ages* (Berkeley: University of California Press, 2008).

6 “The Making of Anti-Semitism in Nineteenth-Century Europe as an Invention of Tradition”.

sobre todo a partir de la obra de David Nirenberg, publicada en 2013, predomina una concepción del anti-judaísmo como una figura recurrente durante varios siglos en el mundo occidental, siempre adaptada a necesidades y circunstancias específicas, pero con un núcleo común: el odio a los judíos⁷.

Esta última es, en realidad, la perspectiva adoptada por la mayoría de los autores en este volumen: los estereotipos antisemitas habrían estado latentes en la larga duración y los estallidos violentos serían su emergencia específica, de manera que la continuidad o la discontinuidad se evalúa, mayormente, en la interconexión entre ideas subyacentes y erupciones puntuales, generalmente desatadas por contextos socioeconómicos de crisis. Por supuesto, los especialistas reunidos en Estocolmo, cuyos textos fueron re-editados aquí, son bien conscientes de que la diferencia más importante entre el anti-judaísmo medieval y el antisemitismo moderno proviene del papel de la religión en cada caso. Sin embargo, en un argumento que parte de la base de una crítica al vínculo entre modernidad y secularización, varios de los autores de *The Medieval Roots...* sostienen que la pérdida de relevancia del elemento religioso y su reemplazo por uno racial en el antisemitismo decimonónico es una simplificación, por cuanto no todo el anti-judaísmo pre-moderno era religioso y el elemento religioso sobrevivió en la versión racista moderna. Adams y Heß lo afirman de manera contundente en la introducción:

Obviamente, ocurrieron rupturas epistemológicas entre los años 1000 y 2000. Pero la prevalencia y las continuidades en estereotipos antisemitas y la actualización cínica del archivo de conocimiento religioso para objetivos seculares sugieren que estas rupturas con frecuencia permiten la conservación de figuras de pensamiento religioso que siguen siendo significativas (p. 8).

De este enfoque general se desprende un corolario importante. El libro se basa en la idea de que la Europa que dio origen al anti-judaísmo y al antisemitismo era una Europa cristiana. Una mayoría cristiana eligió una minoría no cristiana como su víctima, como matriz para comprenderse e identificarse a sí misma: se trataba de una Europa en crisis, que salió de ella mediante la formulación de un “otro” colectivo. El volumen no rechaza la idea de que los judíos fueron solo uno de esos “otros” que contribuyeron a la conformación, en la mayoría de los casos excluyente, de la identidad europea, pero tampoco se detiene demasiado en ello. Se menciona, aquí y allí, a los

7 David Nirenberg, *Anti-Judaism: The Western Tradition* (Nueva York: Norton, 2013).

gitanos y a los musulmanes como parte de ese universo de alteridades y discriminaciones. Los “otros” africanos, asiáticos y americanos directamente no aparecen. Es cierto que una obra dedicada a estudiar el anti-judaísmo y el antisemitismo no debe, y muy probablemente no pueda, analizar esas otras formas de “retórica de la alteridad”, según la formulación célebre de François Hartog⁸. Pero es igualmente cierto que, tal como está planteado en algunos pasajes, el argumento corre el riesgo de sobreestimar la centralidad de la alteridad judía (y del anti-judaísmo) en la construcción de la identidad europea⁹. Por otra parte, pero en un sentido semejante, el análisis del fenómeno en el mundo no-europeo sólo aparece de manera muy marginal en *The Medieval Roots...* La parte IV, dedicada al estudio de las relaciones entre islam y antisemitismo, contiene solamente dos capítulos, uno sobre Turquía, a cargo de Behruz Davletov y Tahir Abbas, y otro sobre el discurso antisemita árabe, obra de Esther Webman. Hay un capítulo muy interesante, en la segunda parte, titulada “Antisemitismo sin judíos”, en el que Rotem Kowner estudia el caso del antisemitismo y el filosemitismo japonés. Por último, en la parte VIII, sobre “economía y finanzas”, Richard Frankel destaca una comparación sugerente entre las imágenes del “control financiero” por parte de los judíos en Europa y Estados Unidos. Así, como ocurre en la mayoría de los estudios de caso de este volumen, se trata de aproximaciones a contextos muy específicos, con excelentes análisis de redes locales, relaciones económicas, producciones culturales e intereses de poder. Pero eso tiene como contracara la absoluta ausencia de referencias al antisemitismo en América Latina, por ejemplo. Y, también, la inexistencia de una reflexión sistemática o de síntesis respecto de las diferencias y semejanzas, de las continuidades y discontinuidades, entre el fenómeno europeo y otros contextos de emergencia del fenómeno.

En este punto, es posible que la propia estructura del libro conspire contra la producción de un análisis amplio respecto del problema de la continuidad y la discontinuidad. El lector encontrará en *The Medieval Roots...* excelentes estudios de caso y esclarecedoras consideraciones

8 François Hartog, *Le miroir d'Hérodote: Essai sur la représentation de l'autre* (París: Gallimard, 1980).

9 Acerca de Europa, los judíos y “otros ‘otros’”, véanse por ejemplo Martin Hengel, *Jews, Greeks, and Barbarians. Aspects of the Hellenization of Judaism in the Pre-Christian Period* (Filadelfia: Fortress, 1980); Arnaldo Momigliano, *On Pagans, Jews, and Christians* (Middletown: Wesleyan University Press, 1987) y, más recientemente, el libro editado por Yitzhak Hen y Thomas Noble, eds. *Barbarians and Jews. Jews and Judaism in the Early Medieval West* (Turnhout: Brepols, 2018), en particular el capítulo de Wolfram Drews, “Barbarians and Jews in Early Medieval Spain: Shifting Constellations of Religion and Identity”.

respecto de problemas importantes. Varios capítulos del libro me parecen muy destacables en ese sentido, entre ellos el texto de Rotem Kowner recién mencionado. También merecen citarse el capítulo escrito por Robert Chazan sobre la imagería anti-judía en Europa del Norte (en la tercera parte del libro, sobre “Cristiandad y Antisemitismo”), la contribución de Sara Lipton sobre los orígenes, el desarrollo y la influencia de la nariz judía caricaturesca en el medioevo (en la quinta parte, “Cuerpos, género y antisemitismo”), la contribución de Milan Zonca, que compara una fuente judía y una cristiana para dar cuenta del *pogrom* desatado en Praga en 1389 (en la parte siete, “Vecinos”), y el texto de Tuvia Singer sobre las contradicciones inherentes a la imagen del “judío errante” en Alemania y Austria (incluido en la novena parte, “Tierra y hogar”). Aun así, queda abierta la discusión respecto de si la estructura fragmentaria (la comparación de fotogramas como método) hace posible o pone obstáculos al intento de desentrañar persistencias y desvíos en la larga duración.

Sagazmente, tras leer una primera versión de esta reseña, los editores de *Rey Desnudo* manifestaron la inquietud de conocer con mayor precisión las definiciones temporales del libro. Por supuesto, la idea de medioevo no tiene mucho sentido en Japón, Turquía o el mundo árabe, de modo que los apartados referidos a esos contextos tratan más bien del mundo contemporáneo. En cuanto a los aportes centrados en el mundo europeo, la mayor cantidad de ejemplos medievales son posteriores al año 1000. El capítulo 7, escrito por Robert Chazan, se extiende hasta el mundo antiguo en su intento por desvelar el papel de la Europa del Norte y la Edad Media en la producción de una imagería anti-judía, pero la parte más importante de su análisis versa sobre aquel período más tardío. Adams (capítulo 9) encuentra las fuentes de *La pasión de Cristo*, película dirigida por Mel Gibson en 2004, en las representaciones del *via crucis*, comunes en toda Europa desde el siglo XII, aunque registra como fuente específica las visiones de la mística Anna Katharina Emerick, quien vivió durante el último cuarto del siglo XVIII y el primer tercio del XIX. Sara Lipton (capítulo 12) también remonta el estereotipo de la nariz ganchuda de los judíos al medioevo, pero no encuentra ejemplos anteriores al año 1015, en un libro de horas de Bernward de Hildesheim. El estudio de Miriamne Ara Krummel sobre los libelos de sangre (capítulo 15) se concentra en el siglo XII, aunque rastrea brevemente pistas anteriores. Para Giacomo Todeschini (capítulo 21), los orígenes del estereotipo del judío usurero se ubican en el siglo XIII. Jesper Scartvik (capítulo 23) es quien se remonta más atrás en el tiempo: su intento por comprender la “teología de la tierra” en las relaciones judeo-cristianas llega hasta la antigüedad tardía.

Estas cuestiones no son ajenas a una concepción particular del archivo, que enmarca las reflexiones de *The Medieval Roots...* En efecto, Adams y Heß proponen aproximarse al “conocimiento latente” y discriminatorio contra los judíos como un “archivo”, una colección más o menos sistemática de diferentes tipos de fuentes, reunidas en fases históricas diversas y almacenadas en ideas colectivas. De acuerdo con su hipótesis, en los casos de estallidos específicos, los victimarios aprovechan ese conjunto de “conocimientos de archivo”, actualizan la información y la transforman para adaptarla a sus necesidades. Para los compiladores, el archivo no es, entonces, “una sala llena de carpetas ordenadas de acuerdo con su proveniencia [...], que atraviesa largos períodos históricos y estructura el conocimiento de acuerdo con principios y reglas estrictos, al tiempo que permite la existencia de huecos en el conocimiento colectivo, por pérdidas internas o externas” (p. 5). Por el contrario, el archivo es un lugar donde se produce conocimiento o, en términos de Michel Foucault, “es la ley que determina lo que puede decirse”¹⁰.

A la inversa, las críticas que Carlo Ginzburg formula en su postfacio a las premisas mismas que vertebran el libro provienen de una concepción del archivo como sitio donde se almacena conocimiento y en el que, por ende, pueden hallarse tanto evidencias de judeofobia como de “ambivalencia”. El historiador italiano encuentra en *The Medieval Roots...*, como en *Anti-Judaism...* de David Nirenberg, indicios de una reconstrucción incompleta de un archivo de conocimiento histórico sobre los judíos, que conlleva la aceptación de que existieron discontinuidades (anti-judaísmo cristiano y antisemitismo secular y pseudo-científico no son idénticos) pero el énfasis en las continuidades (el segundo no hubiera sido posible sin la existencia previa del primero). El eje de la crítica de Ginzburg es lo que él considera un punto ciego: la virtual ausencia en ambas obras de un análisis de la inclusión de la Biblia judía en el libro sagrado cristiano. Una reflexión sobre las raíces medievales del antisemitismo no puede, desde su punto de vista, omitir la consideración de esa ambivalencia, en tanto la contigüidad de ambos textos sagrados afectó el modo en que los cristianos leyeron el suyo. Para probar el punto, Ginzburg emprende un análisis de los comentarios del cristiano Nicolás de Lyra, el converso Shlomo Halevi (Pablo de Santa María de Burgos) y sus posibles vínculos con Francisco de Maldonado, condenado a la hoguera por judaizante en Lima, en 1639. Ninguno de esos tres autores son mencionados por Nirenberg. Tampoco aparecen en *The Medieval Roots...*

10 Michel Foucault, *L'archéologie du savoir* (París: Galimard, 1969), 170.

No es muy habitual, en las compilaciones académicas actuales, que un postfacio critique con fuerza al libro en el que se incluye y, con fuerza aun mayor, a otro libro que lo inspira, pero cuyo autor no participa de los textos incluidos en el volumen. No sorprende, entonces, que la respuesta de David Nirenberg al texto de Ginzburg sea digna de un león herido. Nirenberg reivindica, en principio, una preocupación común con los autores del volumen: la inquietud respecto del poder del prejuicio a través del tiempo y, en particular, de los prejuicios sobre el judaísmo. A seguir, rechaza haber minusvalorado la ambivalencia en su *Anti-Judaism...* y sostiene que, de cualquier manera, en el caso elegido por Ginzburg como “excepcional normal”¹¹, predominaron más bien las lecturas anti-judías de Nicolás de Lyra y de Pablo de Santa María. De hecho, afirma, Halevi no produjo ni un texto anti-judío ni una apología del judaísmo, sino que buscó fundar una “teología conversa”.

Pero el punto interesante de la disputa reside, a mi juicio, menos en las interpretaciones contrastantes de las ideas de Halevi que en aquello que las aproximaciones de Nirenberg, Adams, Heß y Ginzburg nos indican sobre los vínculos entre pasado y presente que se derivan del anti-judaísmo. Nirenberg afirma: “Las enseñanzas de Goebbels no están implicadas en los Evangelios (tampoco las de Bin Laden están en el Corán). [...] Pero si hay alguna relación entre ellas, debemos ser capaces de reconocerlas para entendernos a nosotros mismos y al pasado” (p. 441). A la pregunta por el método histórico que pueda revelarnos la trama que entrelaza el pasado y el presente, *The Medieval Roots...* responde con supuestos contrastantes, aproximaciones diversas, yuxtaposiciones de casos y una noción posmoderna de archivo. Ginzburg, por su parte, acepta que el pasado y el presente se entrecruzan, pero propone, a partir de un caso, que el foco en el anti-judaísmo no puede explicar la complejidad del mundo con la efectividad que tendría la ambivalencia. Y en ese mismo punto reaparece el problema de las continuidades y las discontinuidades. Resulta posible que un anti-judaísmo predominantemente religioso, como el medieval y el temprano-moderno, tuviera lugar para la ambivalencia. ¿Lo hay también en un antisemitismo fundamentado sobre todo en la imaginación racial, como el que predominó a partir del siglo XIX?

11 Traigo a colación un término acuñado por Edoardo Grendi, no utilizado por Nirenberg. Véase Edoardo Grendi, “¿Repensar la microhistoria?”, *Entre pasados*, num. 10 (1996): 131-140.